
Realismo en el Memorándum de Negroponte

Las dos Caras de la Diplomacia

- ★ El Neoliberalismo Reorienta la Política Exterior
- ★ Análisis Positivo y Optimista del Embajador de EU
- ★ Pone a Discusión la Verdadera Naturaleza del TLC

LORENZO MEYER

En su parte central, el ya famoso "memorándum Negroponte" sobre el Tratado de Libre Comercio (TLC), enviado el mes pasado por el embajador norteamericano en México como documento confidencial al subsecretario de Estado, Bernard Aronson, dice así: "... La posibilidad de un TLC debe verse en el contexto de las tendencias reformistas que se iniciaron en México a mediados de los años ochenta y que se aceleraron de manera dramática una vez que Salinas asumió la Presidencia. En cierto modo la propuesta del TLC es el punto culminante de estos nuevos enfoques políticos. Desde una perspectiva de política exterior, un TLC institucionalizaría la aceptación de una orientación norteamericana en las relaciones exteriores de México. Imagínate cómo contrasta esta situación con el pasado. Antes, como ahora, el 69 o 70 por ciento de las transacciones mexicanas con el exterior se hacían con Estados Unidos, pero si nos hubieras oído en las

Las dos Caras de la Diplomacia

Sigue de la primera plana

Naciones Unidas o en el debate sobre Centroamérica hubieran creído que éramos archienemigos... Por lo tanto, el TLC ayudará a colocar un plano abierto y legítimo, como muchos consideraran que deberían haber sido desde hace tiempo, la realidad de las relaciones entre México y Estados Unidos." (Proceso, 13 de mayo.)

La reacción de la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE) del 14 de mayo al memorándum del embajador norteamericano, y en particular al párrafo arriba citado, es la siguiente: "El prestigio de la política exterior mexicana deriva justamente del vigor de sus principios, de su consistencia y de su continuidad. Por ello, el gobierno de México considera absurdo cualquier supuesto de que con la posible negociación de un Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos y Canadá se pudiera modificar la orientación y el objetivo fundamental de esta política que es, precisamente, la defensa y el fortalecimiento de la soberanía nacional..."

La diplomacia, como todo mundo sabe, tiene un carácter aparentemente esquizofrénico, es decir, hay una disociación entre dos de sus efectos, por un lado, busca con frecuencia hacer aparecer como real lo irreal; por el otro, intenta desentrañar y describir objetivamente la realidad más profunda sin importar lo desagradable y brutal que ésta sea. Veamos con más detalle las dos caras de la misma moneda. Hacia afuera, en relación con el otro, quienquiera que éste sea, la eficacia del diplomático depende no de su objetividad sino, frecuentemente, de lo contrario: de su capacidad para convencer que cierto punto de vista es un reflejo verdadero de la realidad aunque no lo sea. En este campo de su actividad, el diplomático, para ser efectivo, no tiene por qué apegarse a la verdad, sino simplemente debe ser convincente al punto de lograr que se acepte que lo dicho corresponde a lo hecho, es todo. En este contexto, que el discurso externo de la diplomacia concuerde con la realidad es un mero accidente, no una necesidad.

La otra cara de la diplomacia es su realismo descarnado, incluso extremo. Esta surge generalmente cuando el diplomático puede y debe comunicarse confidencialmente con los suyos —con sus colegas o superiores—, pues en este campo su valor político suele depender de su objetividad, de su capacidad de reflejar la realidad que se le encomendó analizar de manera fiel, sin dejarse guiar por sus preferencias o valores personales. Aquí el diplomático debe ser un estudioso sin compromiso de la relación de poder entre su propio país y el entorno internacional. De esta manera resulta que la acción de la diplomacia se desarrolla entre dos extremos: los del reino de la realidad descarnada y el de la fantasía.

En el caso concreto de los dos documentos que

SRE es convencer al público mexicano que el gran cambio en el modelo económico que ha estado ocurriendo en nuestro país desde el decenio pasado, no va a producir ni el más mínimo cambio en nuestra tradición de política exterior —tradición ant imperialista cargada de legitimidad— pese a que las fuentes económicas de las que en gran medida se nutrió esa política, ya se secaron y desaparecieron. La tesis del documento de la SRE implica, ni más ni menos, que los principios y orientaciones de una política exterior diseñada para defender los intereses de un país estatista, nacionalista, ant imperialista y volcado hacia adentro van a servir con igual eficacia en un México de fronteras abiertas al intercambio con Estados Unidos —una economía 25 veces mayor que la nuestra y base de una gran potencia militar con intereses globales;—, un México que ha disminuido al mínimo la participación directa del Estado en la economía y que busca hacer del ingreso masivo de la inversión externa directa —particularmente norteamericana— un seguro para sus exportaciones y la fuente principal de financiamiento y tecnología de su aparato productivo.

En contraste, el memorándum del embajador Negroponte corresponde perfectamente a la cara realista de la diplomacia, a esa que tiene como meta informar de la manera más objetiva posible a aquellos que están encargados del proceso de la toma de decisiones de un país, que en este caso es una gran potencia acostumbra por más de un siglo a influir sistemáticamente en beneficio de su seguridad nacional en países periféricos.

En realidad, no hay nada nuevo, secreto ni inesperado en el documento que el embajador envió al Departamento de Estado. Se trata de un memorándum típico, similar en su forma y fondo a muchos otros que forman el grueso de los archivos históricos del Departamento de Estado y que cualquiera puede consultar. El tema es la importancia política del TLC y el embajador Negroponte va directo al grano: la política económica neoliberal de México —una que obviamente el embajador aplaude por considerarla ejemplo de responsabilidad— ha llevado a un cambio en la orientación de la política exterior de México: ésta pasó de una actitud nacionalista, ideológica (supongo que éste es el término usado por el embajador para referirse al ant imperialismo) y proteccionista, a otra que es pragmática (o sea, no ideológica, no ant imperialista), sin "falsos" mecanismos de protección y, por tanto con una orientación norteamericana. Ahora bien, este proceso de cambio no está plenamente consolidado y por eso es muy importante la firma del TLC, pues sin el acuerdo formal, sin un marco institucional, se perdería el ímpetu en la modificación de la política exterior mexicana y en su reforma económica, una reforma que pronto deberá abarcar un cambio en la ley

atender ahora el Departamento de Estado (las negociaciones de paz en el Medio Oriente tienen al secretario James Baker volando a esa región por cuarta vez desde el fin de la guerra del Golfo), el embajador Negroponte insiste —y éste es el objetivo inmediato del memorándum— en que el Departamento de Estado mantenga contacto constante con el Congreso y presione con todos los argumentos a su alcance para que los legisladores autoricen al ejecutivo a negociar el TLC por la llamada "vía rápida", pues de lo contrario el verdadero interés nacional norteamericano en México se vería seriamente afectado.

Los argumentos que el embajador sugiere al Departamento de Estado que se usen para convencer a los congresistas dudosos de la conveniencia de un TLC con México, son los ya muy conocidos: A) que las exportaciones a México dan trabajo a casi 700 mil personas en Estados Unidos y que el TLC puede hacer crecer exponencialmente esa cifra; B) que los mexicanos están avanzando mucho en la protección ambiental, como es el caso de la Ciudad de México —no deja de ser irónico que la prensa acaba de informar que, pese a la supuesta mejoría ambiental en la capital del país, una hija del embajador ha sido hospitalizada a causa de la contaminación por plomo—; C) que los salarios mexicanos no son tan bajos como dicen los enemigos del TLC (en promedio, según el embajador, las compañías americanas en México pagan tres dólares por hora). En cualquier caso, todos estos asuntos laterales se pueden negociar satisfactoriamente con el vecino del sur.

En realidad, el gobierno mexicano debería estar satisfecho del análisis del embajador, pues el representante del presidente Bush en México es positivo y optimista a la naturaleza del cambio mexicano y señala que uno de los factores que hicieron posible ese cambio tan coincidente con el interés norteamericano ha sido justamente la existencia de "un liderazgo político mejor y más responsable". En realidad, todo lleva a suponer que lo que molestó a la SRE no fue lo que dijo el embajador Negroponte —su visión de la política económica y exterior de nuestro país corresponde a la realidad— sino el hecho de que esa opinión fuera hecha pública.

En efecto, excepto por haberse hecho público, no hay nada sorprendente en el contenido del memorándum Negroponte. En cualquier caso, conviene subrayar que sus conclusiones no son novedosas, pues varios analistas mexicanos ya habían llegado a ellas desde antes. La diferencia entre aquéllos y ésta es simplemente de preferencias naturalmente al embajador le entusiasma el cambio en la política exterior mexicana entusiasmo que no es compartido por algunos de los observados.

Las dos Caras de la Diplomacia

Sigue de la página 62

relación del país con su entorno internacional. Por lo que hace al boletín de la SRE, bueno, simplemente muestra que el gobierno mexicano aún no tiene la conciencia muy tranquila en relación con el cambio de orientación de su relación con Estados Unidos y por ello trata de negar, de manera conmovedora, que tal cambio exista.

En conclusión, esta vez fue el embajador estadounidense quien asumió el papel de realista político y la SRE el de creadora de ilusiones, en otra ocasión cambiarán los papeles. Sin embargo, lo realmente importantes del imprevisto choque entre la cancillería de

Tlatelolco y la embajada de Reforma, es que pusieron en el tapete de la discusión pública de la manera más clara posible la verdadera naturaleza del TLC, un acuerdo cuyos alcances van mucho más allá de la mera discusión del intercambio comercial entre México y su enorme vecino del norte. Y aunque seguramente al escribir su memorándum el embajador no haya tenido la intención de hacer más específico y puntual el debate mexicano en torno de la naturaleza de nuestra política exterior y a nuestro desarrollo histórico en general, los mexicanos debemos agradecerle al embajador Negrovonte por este valioso servicio.